

NUESTRAS VISITAS

EL SULTAN MULEY-HAFFID



Tuve que esperar un gran rato. El Sultán, según me dijo una camarerita coqueta y charlatana, estaba almorzando y acababa de empezar. Había dado órdenes de que nadie lo molestara durante su yantar, que debía de ser abundante y suculento á juzgar por los repletos bandejones de comida que iban metiendo los camareros en su cuarto.

Yo encendí un cigarro y me puse á pasear lentamente por el amplio pasillo del piso primero del Palace.

Observé que concurría mucha gente á este piso; muchos conocidos que pasaban por mi lado y me saludaban familiarmente. ¿Qué ocurría? Pronto lo iba á saber por labios del simpatiquísimo Duque de Tovar que llegaba, muy orondo, acompañado de su inseparable amigo Lago.

—¡Querido Duque!—exclamé, estrechando su mano.

—Amigo *Audaz:* ¿Qué hay? ¿Viene usted de verlos?...

—No; estoy esperando á que termine de almorzar.

—Pero ¿están almorzando?, ¿tan pronto?... ¡No es posible! ¿Ha visto usted qué bien estuvo el más chico ayer en Valencia?...

—¿A quién se refiere usted, Duque?...

—A los *Gallos.*

—¡Ah, á los *Gallos!*, y yo hablaba del Sultán, que es por quien voy á ser recibido.

—¡Ya! Pues, es muy amigo mío. Me conoce mucho por conducto de los Mannesmann. Dele usted recuerdos de mi parte; ya vendré yo á verlo. ¡Ah!, y dígale que si le gustaron los tres magníficos leones de Hamburgo que le regalé.

—¡Vaya un regalito!

Marchó el Duque y quedé solo. En uno de los ángulos esperaban también unos fotógrafos. Poco tiempo más. Acaso el necesario para conversar unos momentos con la rubia, gentil y rafaelesca, Marquesa de la Plata, en cuyo album de viaje tuve que estampar mi firma, y debajo precisamente de la de *Joselito.* Haceos cargo de mi confusión. *Joselito* y yo toreando á la limón. Cuando digna, altiva, angelical, desapareció la noble Marquesa, tras el caracol de la escalera, se acercó un camarero á decirme que su majestad Muley-Haffid me esperaba.

Lo seguí. Me crucé en el camino con tres mozazos que abandonaban la habitación del Sultán. Eran bastos, recios y desgarbados; las chilabas de estambre se les caían por las espaldas. Llevaban las cabezas rapadas y sus andares iban acompañados de un *vaivén* bestial. La habitación de Muley-Haffid no estaba custodiada por esclavos como la de su hermano Abd-el-Azis. Penetramos.

Frente á la puerta, sentado á usanza moruna, sobre un sofá, nos esperaba el Sultán. En pie, á su lado, permanecía un joven, rubio, vestido á la europea. Apenas Muley-Haffid se dignó contestar á nuestra reverencia. Antes de hablar nosotros nos dirigió la palabra el joven rubio de cabellos rizados. El Sultán le instaba en árabe y él parecía obedecer un penoso mandato.

—Yo soy el secretario y el intérprete de su majestad Muley-Haffid—comenzó diciendo el muchacho.

—¿Pero usted es europeo?—observé yo.

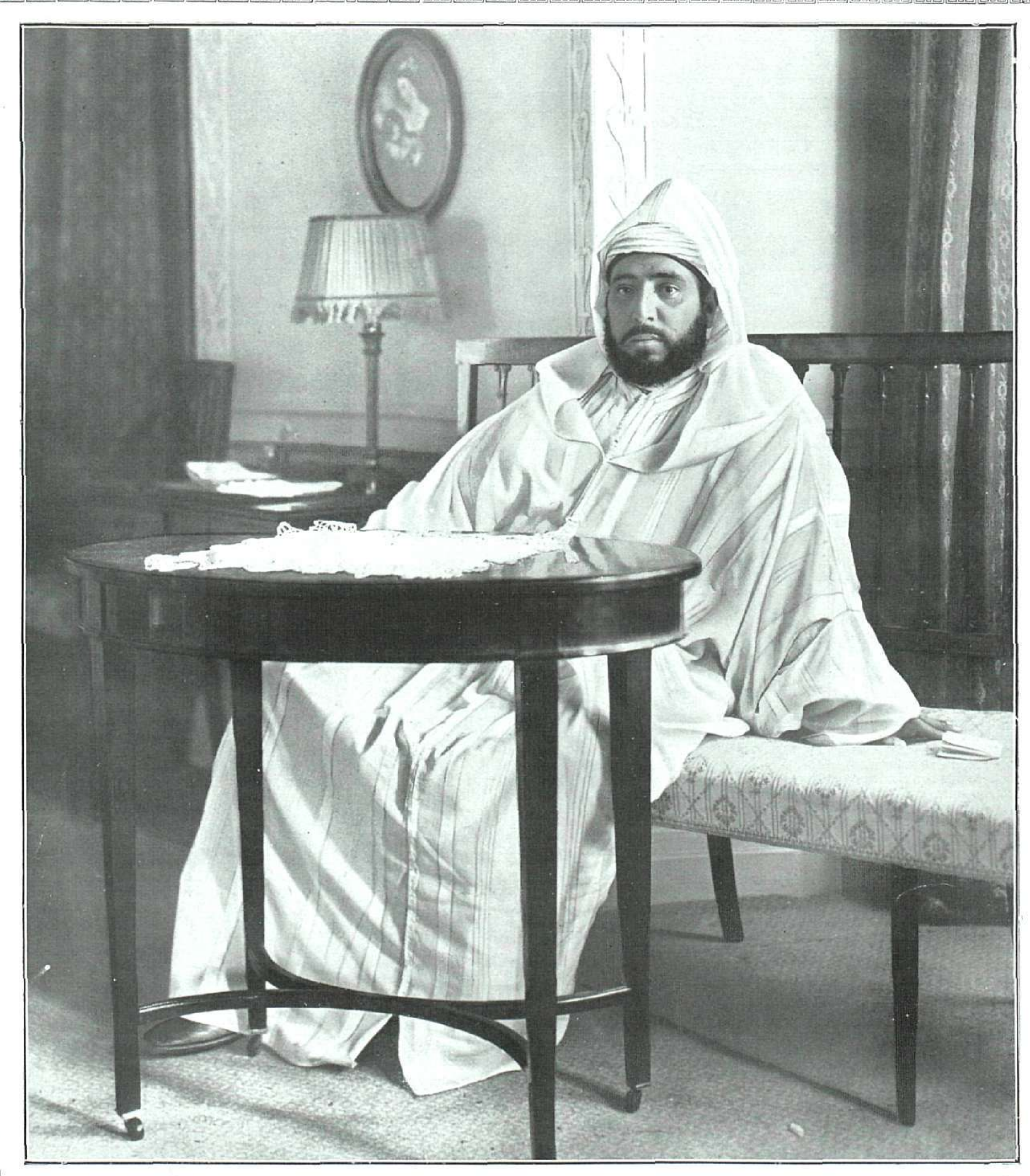
—Sí, señor; ¿no lo advierte usted? Soy madrileño. Pues bien; mi magnífico señor me dice que le prevenga á usted, señor *Audaz*, que ha leido el artículo que escribió usted sobre su hermano y que ha podido ver en él que es usted demasiado... curioso... vamos... demasiado... preguntón y que procure usted molestarle á él lo menos posible, sobre todo con preguntas que no sean discretas.

Te confieso, querido lector, que esto me desconcertó un poco; y un algo más la actitud sonriente con que el Sultán seguía las palabras de su secretario.

—¡Ah, caramba—repuse, no dándome por aludido—es muy amable su magnífico señor!...

—Sí; muy simpático—abundó el secretario, con ingenuidad—, no tiene más que el genio muy fuerte.

—Bah, ¡eso será en Marruecos!—y variando



Muley-Haffid en sus habitaciones del hotel

FOTOGRAFÍAS OBTENIDAS POR CAMPÚA

de conversación, pregunté:—¿Sabe hablar español?...

—No, señor. Lo entiende; pero no lo habla.

—¿Y francés?...

—No, no habla más que árabe. Pero me advierte que su augusta voluntad es que todas las preguntas se las dirija usted á él, y yo le contestaré lo que su majestad me diga.

—Perfectamente—convine.

Esperaba Muley-Haffid que comenzaran mis preguntas, y me examinaba con altanería y desconfianza. Yo, por mi parte, lo miraba con indiferente insolencia... Advertí en seguida que aunque físicamente son dos gotas de agua, Muley-Haffid, en el trato, es el reverso de su hermano Abd-el-Azis. Dijimos que Abd-el-Azis es un gran señor. Muley-Haffid es un *gran moro:* déspota, dominador, descortés; su educación no fué refrescada por los aires europeos.

Ahora bien; tiene un soberbio tipo de Sultán bravío y sanguinario. De estatura elevadísima, cuerpo muy fornido, rostro altivo y broncíneo—casi senegalés—. En sus ojos, muy grandes y negros, se advierte, tras su habitual expresión melancólica, un espíritu frío, cruel y perverso. Pero Muley-Haffid es, ante todo, guerrero; lo denuncian sus grandes manos que á cada instante buscan vanamente, en la cintura, el puño de la gumía.

Ríe... ríe siempre, mostrando la verdosa dentadura, cubierta en sus picaduras por gotas de oro. ¡Ah! pero no te fíes de esta risa del Sultán. A mí me produce escalofríos. No es una risa sana; es una sonrisa pérfida. Seguramente estaba su rostro adobado por esta suave risita, cuando presenció la muerte del Roghi en la jaula de las fieras.

Usa gran barba, como la endrina, crespa y rizada. Las vestiduras poco han de diferenciarse de las de su hermano; tal vez las de aquél sean más ricas. Muley-Haffid no luce ninguna joya.

—Señor—comencé diciéndole, después de tomar asiento frente á él—¿Tú eres mayor ó menor que tu hermano Abd-el-Azis?...

—No sé— me contestó por boca del secretario.

—¡Cómo, majestad! ¿No sabes la edad que tienes?...—insistí yo asombrado.

—Sé la edad que tengo; pero no quiero decírtela, y además, si en vez de estar aquí estuviéramos en Marruecos, ya te hubiera mandado á un calabozo.

Me aterré y proseguí fingiendo amilanamiento.

—¿Por qué, señor? ¿Cuándo incurrí en tu cólera?...

—Has de saber que en Marruecos es una grave ofensa preguntar la edad.

—¡Ah, sí! Pues perdona, señor;—repuse yo afectando sentimiento—pero aquí en España no ofende esa pregunta más que á las señoras. Ahora bien: como estamos en España y á mí me interesa saber tu edad, vuelvo á preguntártela.

—Y *porque estamos en España te contesto*. Tengo treinta y dos años.

—¿A qué obedece tu viaje?...

—Al deseo de recrearme un poco y á la necesidad de tomar las aguas de Marmolejo, que me habían recomendado los médicos. Pero de allí he tenido que venir enseguida, porque la estancia era muy molesta; no tenía comodidades ningunas.

—¿Es la segunda vez que visitas España, verdad?

—Sí, la segunda.

—¿Te gusta, Señor?

—Si no me hubiese gustado no habría vuelto.

—¿Esperas ser recibido por nuestro Rey?

—Sí; esta tarde visitaré á vuestro Sultán.

—He leído en los periódicos que tienes el propósito de reunirte en ésta con tu hermano Abd-el-Azis. ¿Es cierto?

—No; no es cierto—rechazó rápido.

—Por lo que advierto, no hay las mejores relaciones entre tú y tu hermano.

—*Ni las mejores ni las peores*. El uno no debe existir para el otro; esta es la razón de que los dos nos creamos con el mismo derecho para una misma cosa. ¡El uno no existe para el otro! De mi superioridad en valor tuvo una prueba en Marrakésch, donde derroté sus tropas, yo al frente de las mías, y me proclamé Sultán.

—Pero á tí, Señor, te destronó Muley Jusef.

—Mientes. Le dejé yo el trono. ¿Es que ignoras tú que en el momento que yo me levante en armas volveré á ser quien fuí en Marruecos?

—Algo de eso tengo entendido, Señor; pero ¿tú aspiras á volver al trono?...

—Esa es una pregunta necia; porque mira: *cuando á uno se le cae de la mano una moneda*, si es de plata se agacha enseguida á cogerla y si es de cobre se agacha más lentamente; pero el que se caiga no quiere decir que se renuncie á ella ni que sea de otro. ¿No es ésto? A mí se me ha escapado de las manos el trono de Marruecos y como es mío, como me pertenece por mi descendencia del Profeta, volveré á poseerlo.

Las palabras del Sultán eran firmes.

—Y dime, Señor, ¿qué vida acostumbras á hacer en Marruecos?...

—A esa pregunta no contesto.

—¿Por qué, Señor?—pregunté extrañado.

—Porque la vida que yo hago en Tánger la conoce todo el mundo y la parte que no conoce todo el mundo es la parte privada y esa, como comprenderás, no te la voy á confiar á tí.

Sonreimos Campúa y yo. El Sultán preguntó rápido, clavando en nosotros sus ojos de lince:

—Te sonríes, ¿por qué?...

—Majestad, porque eres *muy amable y muy simpático*; da gusto tratarte; deben estar encantados tus esclavos y esclavas.

—Te advierto—me dijo Campúa en voz baja—que como sigas por ese camino este *gachó* nos va á echar violentamente del cuarto.

—Soy del mismo parecer—le contesté yo.

—¿Sí?—siguió Campúa—Pues convendría hacerle las fotografías antes.

—¿Eh?... ¿Qué te dice ese?—inquirió el Sultán sonriendo... siempre.

—Nada, Señor; me dice que desea hacerte unas fotografías. Una escribiendo, por ejemplo.

—No; nada de escribir. Podéis hacérmelas así, como estoy; pero no consiento que se hagan más de tres.

Comenzó Campúa su labor. Yo, entre placa y placa, continuaba preguntándole.

—Cuáles son tus aficiones predilectas, Majestad?...

—La caza de fieras. También me gusta domesticar tigres y leones. Allí, en Tánger, poseo un pequeño parque zoológico.

—Tengo entendido que te agrada la poesía...

—Mucho—replicó con cierto énfasis—. Yo hago versos. *Si me leyera vuestro poeta Villaespesa*, tendría más clara visión de la realidad árabe.

—Y el automóvil ¿te distrae?...

—Sí; me encanta pasear en él, pero yo no lo conduzco ni lo entiendo.

Hubo una breve pausa. Campúa llevaba ya cuatro placas y el Sultán protestó.

—He dicho tres; no más que tres y ya me has hecho cuatro.

—No lo creas, Señor, no llevo más que dos.

—Bien; pues terminad ya y marcharos, que yo tengo mucho que hacer y sobre todo deseo quedarme solo.

Seguía sentado con las piernas cruzadas y movía con impaciencia los pies, calzados con medias de lana. Las sandalias doradas quedaron abandonadas en el suelo, ante el sofá.

—Nos marcharemos, Señor, en cuanto hablemos algo de la guerra europea.

—Yo, sobre eso, no te he de contestar nada. Es decir, te diré únicamente que lamento, como todo el mundo, la guerra.

—Tus simpatías, ¿por quién están?...

—Esa pregunta me molesta.

—Pero, Señor, si se la hice idéntica á tu buen hermano y se dignó contestarla. ¿Qué de particular tiene que tus estudios ó tus aficiones, ó tu amistad ó tu admiración te inclinen más á un lado que á otro? No creas, yo también tengo mis simpatías.

—Pero las tuyas no interesan á nadie.

—Ya lo sé; y por que las tuyas interesan quiero saberlas.

El Sultán meditó un instante. Después, con cauta y *ladina diplomacia*, repuso:

—Puedes decir que mi espíritu está con los franceses. ¡Tiene que ser así! Con ellos convivimos allá en Africa.

¡Oh! No era sincero. Continué.

—Me extraña, Señor, esto, teniendo tan grande amistad como tienes con los Mannesmann.

—Y ¿quién te dijo que yo tenía amistad con los Mannesmann?

—Tu amigo el Duque de Tovar.

—¿Y quién es el Duque de Tovar?...

—Señor; un grande de España que te regaló tres leones.

—¡Bah! Ni conozco á los Mannesmann ni al Duque de Tovar ni á mí me ha regalado nadie tres leones. Yo todas mis fieras las he comprado en Hamburgo con mi dinero.

—Y dime, Majestad magnánima, ¿qué opinas del protectorado francés y español en las zonas de Marruecos?

Esta pregunta movió todo el recio cuerpo del Sultán. Agitóse nerviosamente, pero sin apagarse su sonrisita, contestó:

—Eso ya es asunto pasado y á las cosas que pasaron no se les puede decir más que *adiós*. *¿No es así?*

Asentimos; él prosiguió:

—El protectorado se venía ejerciendo en Africa desde quince años antes que yo subiera al trono. Lo que ocurría es que estaba en gestación. Es decir, era un árbol que existía y se estaba robusteciendo. Durante mi reinado arrojó el árbol, desgraciadamente, las primeras yemas y ahora ya se está cogiendo el fruto maduro. ¿Comprendes, cristiano?

Comprendía. Lo que no me decían sus labios cárdenos lo adivinaba en su mirada azabachada.

Dudé antes de hacerle mi última pregunta. Al fin me decidí.

—¿Es cierto, Señor, que tú mandaste matar al Roghi?...

—Es cierto. Lo mandé matar porque el Roghi era un bandido como el Raisuli. Con su muerte, que la quiso Alá, hice un gran bien á mi Imperio.

—Y ¿lo mandaste matar en la forma que se dice?...

El rostro de Muley-Haffid se inmutó levemente.

—A ver—inquirió con despotismo—¿en qué forma se dice y quién lo dice?...

—Yo no lo creo, Majestad, pero se cuenta; es decir, á mí me lo ha contado un servidor tuyo, que arrojaste al Roghi á una jaula donde lo esperaban tres leones; precisamente los que te había regalado el Duque de Tovar; que las fieras, en vez de devorar á su huésped, lo miraron con indiferencia; que entonces el Roghi, bravío y amenazador y sin aparentar miedo alguno ante las fieras, se abalanzó con ímpetu á los barrotes de la jaula tras de los cuales presenciabas tú regocijado el espectáculo, y afeó tu conducta, te desafió á *entrar en el cubil*, te *llamó cobarde y negó que* tú fueras el descendiente del Profeta; entonces tú, confuso y aterrado, iracundo y *desdeñoso*, ordenaste á tus esclavos que mataran al Roghi á balazos. Tus askaris te obedecieron. Esto cuenta la gente, Señor.

Mi relato causó pésimo efecto en el ánimo del Sultán. Como movido por un resorte, púsose de pie sin hacer caso de las zapatillas y con el rostro encendido en cólera y gesticulando amenazador me señaló la puerta de la habitación. Nos insultaba en árabe; el secretario, interponiéndose, nos tradujo sus dicterios.

Un *trop de zèle* evidentemente innecesario. Hay gestos y actitudes de significado universal. A encontrarme con Muley-Haffid en su palacio de Tánger, *aquello* hubiera supuesto una rápida *capitis diminutio* parcial ó total del cronista...

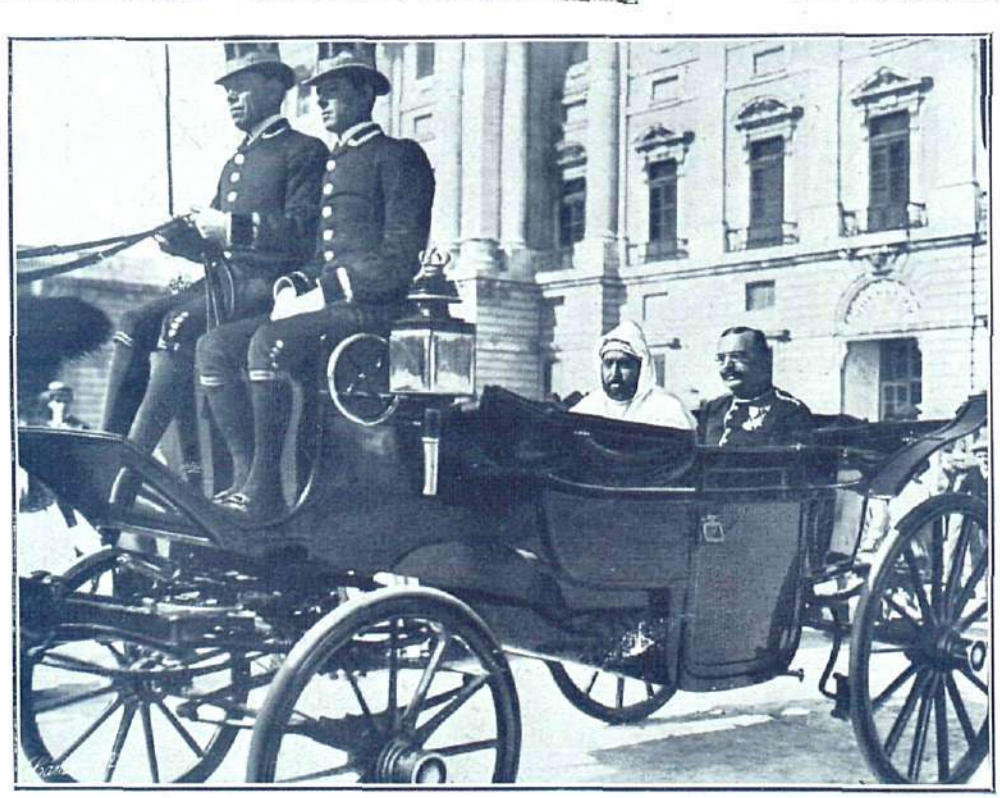
—Dice mi gran Señor que ó se marchan ustedes ó llama á sus esclavos para que os echen.

—¡Ah! no,—protesté yo—que no se moleste *tu magnífico Señor. Nos marchamos nosotros* por nuestro pie.

Y diciendo esto cogí mi *flexible* y sin perder de vista al Sultán, que parecía una estatua de basalto, salimos. Tras de nosotros sonó la puerta violentamente.

¡Palabra de honor, lectores!

EL CABALLERO AUDAZ



Muley-Haffid, al salir del Palacio Real, de Madrid, después de la visita que hizo á Don Alfonso XIII el día 20 de Octubre FOT. SALAZAR